HUGO CALELLO

Cuando Galileo y Openheimer eligen, cada uno dentro de los límites de su mundo y de su historia, el duro camino que los llevará a enfrentarse con la Inquisición y el desmesurado poder del Macartismo, no hacen otra cosa que ser coherentes con la continuidad de su tarea científica.

Sin embargo, una acción de tal naturaleza, despierta en la sociedad en la cual acontece una tremenda conmoción, y polariza violentamente opiniones y actitudes, coloca al individuo que la realiza temporaria e definitivamente bajo el estigma de los traidores a la patria o de los traidores a los "principios establecidos".

El caso de Openheimer; manoseado, interrogado, sometido a la más brutal de las impresiones; y por fin por largo tiempo inhibido para desarrollar su actividad; operó como seria advertencia y preventivo indudablemente eficiente para los que pretendieron actuar con su misma coherencia.

En este caso el falso dilema entre ciencia e ideología ha sido cabalmente resuelto por el científico sin vacilar ante el precio de su resolución. Pero este falso dilema sigue operando como pretexto para encubrir la doble traición a la ciencia y a la humanidad. Y esta traición no es un juego de palabras ni una relación abstracta. La multitud que se reune para asistir a un juego de fútbol no se conmovería si de pronto por los micrófonos se anunciase que se ha descubierto la droga que cura el cáncer. Ella está predispuesta a la emoción simple y explosiva que estalla ante el juego de su equipo. Esta multitud ha sido entrenada para eso y no para apreciar una conquista científica. El científico dentro del feudo medioeval o de la moderna sociedad de masas va a relacionarse cara a cara con el hombre común. Va a estar directamente vinculado a un sector de hombres, el de áquellos que representan el gobierno — no de la comunidad. Esta relación es ineludible, y por más que se dilate en algún momento los factores de poder le exigirán una definición. Pero esta definición es aún más dramática cuando la sociedad basa su sistema en la opresión y la desigualdad.

En su permanente proceso de creación la ciencia no conoce límites. Su impulso fundamental es el de proyectar la teoría formulada desde lo conocido hacia lo desconocido. La necesidad de permanente validación de teorías fatigosamente construidas durante años de investigación que se tambalean ante la presencia de un sólo dato contradictorio, convierten al conocimiento científico en un desafío permanente al statu-quo, en una actitud necesariamente preparada para la revolución constante.

Pero el proceso crítico de la ciencia, cualquiera sea su objeto de conocimiento, trasvasa el campo de lo abstracto para enfrentarse a las formas sociales que condicionan la producción intelectual en toda época. La cualidad revolucionaria del conocimiento científico radica en su trascendencia con respecto a la sociedad.

Y precisamente es sólo a través de la plena conciencia de esta necesaria relación donde el científico se hace responsable de la cualidad valorativa de su decisión.

De exprofeso hemos ignorado la distinción metodológica entre ciencia y ciencias sociales. Lo aquí planteado no se invalida ante la diferencia de "objetos de conocimiento", porque se refiere a las motivaciones y consecuencias del conocimiento. La división del átomo trae indudables transformaciones en el campo de los fenómenos sociales. La sociedad perturbada y conmovida, opera de diversas maneras sobre la orientación de la investigación atómica, a la que trata de dirigir hacia ciertas áreas, coincidentes con la nueva dinámica de los conflictos sociales, a su vez condicionadas por el tremendo impacto tecnológico científico.

Pero es evidente que para el desarrollo de las ciencias sociales el dilema del investigador adquiere una dimensión donde el escapismo presenta tal riqueza de alternativas, que a veces se hace difícil desentrañar entre el error, la confusión y el rechazo consciente a la asunción de la "ideología".

El surgimiento de las ciencias sociales en el siglo XIX está signado por acontecimientos trascendentales, el formidable impacto tecnológico de la revolución industrial, las primeras grandes concentraciones del proletariado naciente, las luchas de los obreres en Francia y en Inglaterra, el fugaz surgimiento de organizaciones socio-políticas nuevas como la República Francesa y la Comuna de París, donde el capitalismo en su etapa de consolidación sufre los primeros conflictos estructurales. El universalismo de los problemas de la joven sociedad industrial impulsa a la propia sociedad, primero al asombro y luego al análisis, de sus contrastes, de la miseria de sus mayorías, de la violencia que gobierna su sistema de relaciones económicas y sociales; a pesar de la ideología "fraternal, igualitaria y democrática", valores centrales de la burguesía desde la Revolución Francesa.

Ese impulso al "autoconocimiento" opera sobre los primeros investigadores como un estímulo dado por condiciones objetivas, pero al mismo tiempo la interpretación de la sociedad y sus problemas se plantea desde la propia experiencia del investigador, y la valoración en los hechos en los cuales participa. El ordenamiento de esos hechos, su sistematización y su posterior análisis se organiza en tres líneas de pensamiento que constituye una toma de posición frente a los problemas de la sociedad. El positivismo comtiano, el evolucionismo de Herbert Spencer, el socialismo utópico-científico con Saint Simon y Marx-Engels. Las dos primeras representan a su manera una defensa del statu-quo, sobre todo Spencer, traductor de Darwin en el área de la realidad social. La idea de progreso lineal de la ciencia y la técnica, conducido por la capacidad del empresario, el rígido evolucionismo por encima de la intervención del hombre, y el desprecio y la mistificación de los conflictos sociales sintetizan la teoría de la sociedad del llamado "padre de la sociología norteamericana". La idealogía que se desprende de la concepción del progreso del autor del Discurso sobre Filosofía positiva, sirve explícitamente al reformismo dentro del capitalismo, postulando la solución de los conflictos mediante la "elevación cultural de las masas". El socialismo utópico se desliza desde los supuestos de la revolución cultural o de revolución de las ideas hasta definirse, en las sangrientas y frustradas luchas de los obreros en Francia durante las tres primeras décadas del siglo XIX, como la confusa vanguardia republicanoanarquista a través de los Blanqui, los Babeuf, etc. Esta primera rebelión o protesta que muchas veces se hizo conducción de pareiales luchas armadas, fracasa con la caída de la República, cuando la ideología del anticapitalismo se sistematiza en una concepción científica, desde la que Marx-Lenin, no sólo critican la estructura fundamental del capitalismo, sino que dejan sentadas las bases de una nueva sociedad. Y son precisamente Spencer y Marx los encargados desde perspectivas totalmente opuestas de mostrar la congruencia entre ideología y ciencia.

En pleno siglo XIX América Latina recibe la herencia cultural y las tres grandes líneas de pensamiento de las ciencias sociales en el siglo XIX. El nacimiento de las ciencias sociales en nuestro continente recién tiene aproximadamente algo más de tres lustros, si entendemos por nacimiento los esfuerzos organizados a nivel institucional en Universidades y Centros de Estudios. En los últimos 15 años las ciencias sociales han recibido un impulso notable y se desarrollan en tres niveles orgánicos institucionales distintos:

- a) En las Universidades y Centros de Estudios de nivel universitario de cada país.
- b) En organismos de tipo internacional.
- c) En organismos y centros de estudios financiados por instituciones de carácter privado de tipo nacional y extranjero.

Estas tres áreas en las cuales se han desarrollado las disciplinas que estudian la realidad social latinoamericana, representan distintos sistemas de "reglas del juego" para los investigadores.

En los organismos de tipo internacional el investigador debe acatar una serie de condicionantes de naturaleza política que depende de los países que financien la organización, por lo general el mismo status diplomático establece concesiones y plantea obligaciones que nada tienen que ver con la actividad científica.

En los organismos de tipo privado financiados por instituciones nacionales o extranjeras, el condicionamiento es más directo, porque ni siquiera queda la posibilidad de especular con el juego político entre países que se da en los organismos internacionales. La poca disposición en cada país de los respectivos gobiernos abre el camino a las poderosas subvenciones extranjeras en materia de subsidios para la investigación. En este caso la penetración cultural somete al científico a dos alternativas, o la investigación excesivamente específica poco significativa para la problemática del país (o sea una forma de cientificismo típico en ciencias sociales), o trabaja e investiga, sí sobre problemas fundamentales, pero de acuerdo a una dirección comprometida con intereses que lo convierten en simple "recolector de datos". El colonialismo intelectual alcanza en estas organizaciones, una vigencia absoluta, y se reemplaza la asunción de corrientes positivistas o spencerianas (demasiado burdas en la actualidad), por otros "ismos" más actualizados que reciben el espaldarazo de los próceres intelectuales de los "desarrollados" países inversores.

Por último el problema en las Universidades y los Centros de Estudios Nacionales de nivel Universitario, merece un tratamiento en varios aspectos.

a) El primer supuesto que debe manejarse es el de las autonomías universitarias. La universidad en América Latina ha sido la caja de resonancia de

los problemas políticos de tipo nacional e intelectual. El aislacionismo típico de las universidades europeas y la pseudoesterilidad política de las norteamericanas, recién se rompe ahora cuando las juventudes parecen despertar e inician un camino de protesta en el cual los latinoamericanos tenemos ya lustros recorridos. La tradición de libertad de pensamiento y libertad de compromiso, ha determinado que el estudiantado sea partícipe activo de todo proceso de cambio de estructuras significativo que se ha dado en los países de América Latina.

b) Si aceptamos que el progreso científico, es una utopía sin la libertad crítica, y que tal libertad no conviene a los sectores manumitidos por el colonialismo es obvio que las autonemías universitarias, no pueden agradar a los defensores del statu-quo, porque de tal manera las universidades es el único ámbito que escapa a la posibilidad de control político. La imposición de academicismo, es un imperativo político en la medida en que se amordaza la crítica, la libertad de expresión y pensamiente y la libertad de elección ideológica. Es por otra parte un síntoma de inseguridad porque al pretender evadir el enfrentamiento ideológico se duda de la validez universitaria de los propios juicios.

Los formidables condicionamientos del subdesarrollo penetran por el campo de la cultura y someten a las masas, con las falsas imágenes que a diario reciben a través de la radio, la televisión y la prensa. La sociedad consume más de lo que puede y el progresivo endeudamiento del hombre de la calle profundiza su alienación. Pero el descontento social revienta por los cuatro costados en América Latina. Son protestas sin conducción, luchas parcializadas, que todavía oscilan entre el cacs y la claridad, entre la utopía y la estrategia. Pero el hombre de la calle o el hombre de la tierra no son responsables de buscar la ruptura del desarrollo por caminos distintos a los cuidadosamente trazados por los teóricos de los países desarrollados, como tampoco son responsables de su propia pasividad y la resignación. Los intelectuales y los científicos si son responsables. Ellos disponen de los instrumentos de conocimiento, para conocer la verdad por encima de lo aparente y denunciar los resortes del colonialismo. Son responsables de la no asunción de la ideología que surge como culminación de la cualidad revolucionaria del pensamiento científico.

América Latina no puede asimilarse a la Europa del siglo XIX. Los intelectuales y los científicos no pueden escaparse a partir del compromiso con esquemas absolutos. Los que sienten en carne propia el hecho de ser latino-americanos deben denunciar el científicismo como la más absoluta claudicación frente al colonialismo.

La Universidad autónoma aparece como el último reducto de los intelectuales y científicos ante los asaltos a la razón, a la cultura y a la reducción de los grandes problemas del país a esquemas importados que conducen a la perdurabilidad de la subordinación. La Universidad autónoma debe ser preservada y defendida, pero nunca convertida en una entidad estática. Debe ser un organismo vivo donde el debate ideológico se fortalezca con la rigurosidad científica. Este debe ser el camino que la Universidad siga para realizar su gran aporte a la cultura y la integración nacionales. Una cultura de latinoamericanos, para latinoamericanos, que fundamente una lucha liberadora e integradora para toda la América Latina.